Una tarea de la universidad: recuperar el sentido social de la economía

LUIS IGNACIO ROMÁN MORALES

Resumen: *el presente capítulo contrasta las visiones económicas basadas, por una parte, en la búsqueda primaria de eficiencia de los mercados a partir de comportamientos individuales y, por la otra, en el sentido esencialmente social de la economía. A partir de ello, nos cuestionamos sobre el papel que juegan y pueden jugar las universidades en términos de la reproducción de inercias o en la búsqueda de recuperación y avance de formas de pensamiento y acción en las que la economía se supedita a la cohesión social y la sostenibilidad ambiental.*

Palabras clave: *economía, economía social, universidad.*

Abstract: *this chapter contrasts economic visions grounded, on the one hand, in the pursuit of market efficiency through individual behavior and, on the other, in the essentially social sense of economics. From there we discuss the role that universities play and can play in reproducing inertias or looking to recover and advance ways of thinking and acting in which economics is subordinated to social cohesion and environmental sustainability.*

Keywords: *economics, social economy, university.*

Nuestra noción coloquial de economía frecuentemente se asocia a nuestros comportamientos individuales. Jugamos en un campo denominado “mercado”, en el que nos enfrentamos los oferentes y demandantes, fijando nuestros deseos, posturas y acciones en función a nuestra “racionalidad individual”. Sin embargo, esta noción de economía tiene poco que ver con la mayor parte de nuestra historia como humanidad. Tanto en la evolución global como en los juegos de poder al interior de cada nación, la economía es social por naturaleza. Si la economía no fuese social, no sería economía, estaríamos concibiendo al ser humano puramente individualizado, como un “lobo estepario”, un ser aislado cuya existencia sería absurda.

Sin embargo, en los sistemas educativos, particularmente en las universidades, gana cada vez más terreno el entendimiento de la economía como si se tratara un juego de decisiones individuales en los mercados. En los hechos, ello vulnera la definición misma de la economía como ciencia social. En el presente documento pretendemos disertar acerca del sentido social de la economía y del papel de las universidades para reinsertar dicho sentido en los quehaceres de generación y transmisión del conocimiento, divulgación e incidencia social.

ALGUNAS PREGUNTAS SOBRE ESO QUE LLAMAMOS ECONOMÍA

¿Qué se estudia en economía? Cuando formulo esta pregunta, no solo en cursos introductorios sino en otros ámbitos laborales e inclusive fuera de ellos, las respuestas más comunes se refieren al estudio del dinero, los negocios, las empresas, los mercados y la búsqueda de rentabilidad o del mayor beneficio financiero que podamos lograr con nuestras decisiones, como consumidores o “productores” (entendiendo a estos últimos como los empresarios, no como los trabajadores). En otras palabras, la economía trataría de cómo hacer más dinero con el dinero, sobre todo mediante las operaciones financieras (obteniendo una alta tasa de interés) y los negocios (comprando barato y vendiendo caro).

Paradójicamente, esta forma práctica y utilitaria es exactamente lo contrario al sentido original de la economía. Cuando Xenophon escribió su *Oeconomicus*, el documento fundador de lo que denominamos economía, esta adquirió su sentido etimológico: “La administración de la casa” (Xenofonte, 1786).

¿A qué “casa” se refería Xenophon? A todas las posesiones de que podemos disponer, lo cual nos lleva al conjunto de la naturaleza misma. De hecho, la encíclica papal “Laudato Sii” se refiere justamente al “Cuidado de la Casa Común”, es decir, al planeta (Franciso, 2015).

¿A qué se refiere Xenophon con “administrarla”? Nuestras posesiones solo indican que tenemos algo, pero no nos dice nada sobre lo que podemos aprovechar de ese algo. Para satisfacer nuestras necesidades necesitamos entonces conocer aquello que tenemos y utilizarlo de forma tal que nos beneficie lo más posible. De hecho, es una de las razones fundamentales que llevaron a los griegos al desarrollo de lo que hoy llamaríamos física, biología, geografía, etcétera.

¿A quién pertenece la naturaleza? Históricamente, la perspectiva predominante en lo que conocemos como “occidente” (a partir de los griegos) supedita las riquezas naturales al dominio humano sobre de ellas. Sin embargo, diversas cosmovisiones indígenas parten de otra lógica originaria: la naturaleza no le pertenece al ser humano, es el ser humano el que pertenece a la naturaleza (Seattle, 1854). En esta segunda afirmación, sería absurda cualquier propuesta eco-nómica que desdeñe a la eco-logía: serían las dos caras de una misma moneda: el conocimiento de la casa (ecología) y la administración de la casa (economía).

¿Quién incide sobre la naturaleza para transformarla y crear los satisfactores que benefician a los humanos? Volviendo a la lógica predominante, los *individuos* buscamos nuestros satisfactores y, con nuestros recursos, nos hacemos de aquello que consideramos lo más apropiado para nosotros. El mercado sería el espacio esencial en que cada quién ofrece aquello de lo que dispone (capital, tierra o trabajo) y adquiere aquello que necesita. Existe una infinidad de mercados de bienes y servicios específicos, de dinero (bancos), de capitales (bursátiles) y de trabajo. Esta es la perspectiva presente en la mayor parte de los manuales de fundamentos de economía, microeconomía y macroeconomía (por ejemplo, Taylor, 2003; Mankiw, 2012).

Sin embargo, los antiguos filósofos griegos disentirían del párrafo anterior. Aristóteles parte de la afirmación de que el ser humano produce de manera colectiva, no individual. Él hace la analogía con una mano desprendida de un cuerpo: el cuerpo sería la sociedad y la mano el individuo, pero una mano sin cuerpo no sería un mano, sino carne y hueso en descomposición. Igualmente afirma que un individuo que no requiere de los demás para existir, no es un individuo, sino una bestia o un dios. El ser humano es, por naturaleza, un “animal político” (*zoon politikon*), que puede existir individualmente gracias a la “polis” (la colectividad). Bajo tales consideraciones, el individuo es tan frágil y vulnerable que no

podría existir por sí mismo (Aristóteles, 1988). La forma en la que hemos logrado no solo sobrevivir, sino contar con todo aquello con lo que la humanidad dispone, es resultado de nuestra naturaleza colectiva. Bajo tal lógica, la economía solo puede ser social, no el producto de decisiones aisladas de los individuos.

A partir de las premisas clásicas, toda formulación económica tendría que estar supeditada a sus implicaciones sociales; a partir de diversas perspectivas de las culturas originarias, tales formulaciones también deberían supeditarse a la preservación y regeneración de la vida planetaria (los humanos no podrían existir sin la reproducción de la vida más allá de los humanos). Si la economía depende de la sociedad y de la naturaleza, toda acción económica requeriría supeditarse a su viabilidad social y ecológica.

Paradójicamente, bajo las lógicas en la que predomina el libre juego de las fuerzas del mercado, el razonamiento fáctico se invierte; tal parece que las acciones sociales y ambientales deben ser económicamente viables (esto es, en los mercados): el cuidado del medioambiente debe ser un buen negocio, la política social tiene sentido en la medida en que conduzca a organizaciones y naciones más rentables y competitivas. Hemos puesto la carreta por delante de los bueyes.

Bajo una preminencia la social, la afirmación sería la opuesta. No es que una estrategia ambiental o social deba ser económicamente viable, sino al revés, que dado el carácter social y de “cuidado de la casa” de la economía, toda estrategia económica debe estar condicionada a su pertinencia social y ambiental. De no serlo, tales propuestas (pseudo) económicas no conducen al “cuidado de la casa”, sino a su destrucción.

Entonces, si los individuos no deciden, ¿quién toma las decisiones económicas? La sociedad no niega la existencia del individuo. Claro que los individuos sí deciden, pero no lo hacen de manera aislada, sino bajo condicionamientos y contextos determinados. Tales condicionamientos conducen a que algunos miembros de la colectividad dispongan de grandes posesiones y poder de decisión, mientras que una gran parte de la sociedad quede excluida de tales posesiones y poder. Ello no niega que la transformación de la naturaleza y la creación de los satisfactores sea colectiva, más bien que la riqueza generada colectivamente sea apropiada mayormente por cada vez menos personas.

¿Y hacia dónde se orientan las decisiones económicas? Para los griegos, la actividad económica consistía en transformar las posesiones de la naturaleza en satisfactores humanos, pero Aristóteles también refiere actividades no económicas, a las que denomina *crematística* no natural, que no implica la *generación* de nuevas riquezas, sino solo una *apropiación* de riquezas preexistentes, en detrimento de unos y beneficio de otros. Entre tales actividades no económicas, destacan el préstamo con interés y el comercio lucrativo.

En otras palabras, las actividades que hoy consideramos como esencialmente económicas (por ejemplo, las bolsas de valores y el comercio como sector autónomo), serían en Aristóteles antieconómicas (Aristóteles, 1988). Hoy en día reconocemos que el préstamo con interés contribuye con la actividad económica si permite la generación de riqueza nueva (inversión) y que el comercio contribuye a la economía en la medida en que podemos allegarnos de satisfactores que de otra manera no podríamos obtener. Sin embargo, ello no significa que el sentido de la economía sea el dinero, el mercado o la ganancia por sí mismas. Las finanzas y el comercio serían medios mediante los cuales opera la economía.

Nuestro gran problema es que el control de esos y otros medios, inclusive de los conocimientos que se imparten en los sistemas educativos, favorezca inercias de poder en los que la apropiación de riqueza se concentre cada vez más y con mayor deterioro de

nuestra “casa común”, lo que distorsiona tanto la apropiación como la orientación misma de la nueva producción.

He aquí un ejemplo ilustrativo: la lista 2023 de los mayores multimillonarios en dólares, a nivel mundial, la encabeza Bernard Arnault...

Hay un nuevo nombre en la parte superior de la lista 2023 de Forbes de los multimillonarios del mundo: el magnate de artículos de lujo Bernard Arnault de Francia. Llegó a la cima gracias a un año excepcional en LVMH: los ingresos, las ganancias y las acciones subieron a niveles récord, lo que ayudó a agregar 53 mil millones de dólares a la fortuna de Arnault en los últimos 12 meses, la mayor ganancia de cualquier multimillonario este año. El ingeniero de 74 años figura en la lista de 2023 con una fortuna de 211 mil millones de dólares, superando al No. 1 del año pasado, Elon Musk (ahora clasificado en segundo lugar) por 31 mil millones de dólares (Forbes USA, 2023).

El año de 2023 apenas marca a nivel global una cierta mejora con respecto a la situación económica global al momento de estallar la pandemia del covid-19. Además, los datos se refieren a 2022, cuando la recuperación aún era menor y bajo el contexto de la guerra en Ucrania, la fractura de cadenas productivas, la alta inflación, un proceso de empobrecimiento global de gran parte de la población y la exponenciación en la desigualdad social. En ese contexto, el mayor crecimiento mundial de las fortunas individuales y familiares destaca al mayor vendedor de productos de súper lujo, lo que a su vez refleja el que debe haber sido un extraordinario año para quienes adquieren tal tipo de productos. Los mercados (o más bien las personas que los controlan) rinden tributo a la exacerbación de la ostentación. ¿Esto es una buena “administración de la casa” en el sentido del “cuidado de la casa común”? ¿En dónde queda la supuesta “racionalidad económica” y el sentido conceptual que tradicionalmente se le otorga a la economía sobre la “correcta asignación de los recursos escasos”?

Si el dinero se concentra en unas cuantas fortunas que harían palidecer a los faraones, las decisiones sobre la orientación de la producción (de la transformación de la naturaleza para satisfacer las necesidades humanas) se guiarán en beneficio de la satisfacción de la demanda (¿tendría sentido el denominarles “necesidades”?) de los grupos de población con mayor poder económico. Los mercados se orientan entonces en favor de un mayor deterioro ambiental y de un abismal desgarramiento social.

LA UNIVERSIDAD Y LA ECONOMÍA

¿Para qué sirve la universidad? Si asumimos el enfoque predominante en economía de la educación, la teoría del capital humano, particularmente en su *manpower approach*, debemos partir del principio de la economía clásica de que es posible invertir en el ser humano, del mismo modo que podríamos hacerlo en términos de una inversión en maquinaria, edificios, tierras o valores financieros. El beneficio de la inversión dependerá igualmente de la tasa de retorno, esto es, de la rentabilidad financiera que arroje (Schultz, 1960).

De manera inversa a la teoría clásica, y particularmente al marxismo en donde se considera que el capital se constituye a partir del trabajo humano acumulado y, por ende, el valor agregado a la producción procede del propio trabajo colectivo, en la teoría del capital humano el ser humano es un producto capitalizable sobre el cual se puede invertir y puede ser rentable.

¿Cómo invertir en el ser humano? Mediante acciones que eleven su productividad, entre las que destaca la educación. En otros términos, el sentido de la educación es mejorar la rentabilidad del capital “ser humano”. Si asumimos el supuesto de la teoría neoclásica del libre mercado, según la cual a cada factor de producción se le retribuye en función a su aporte al incremento en la producción (productividad marginal), entonces la inversión en capital humano será o no exitosa en la medida en que genere mayores ingresos para quienes hayan sido objeto de la inversión, en contraste con quienes, con características similares, no hayan recibido tal inversión. Por lo tanto, la educación debe propiciar remuneraciones más altas, menor tiempo para ingresar a la actividad productiva (conseguir trabajo) y la aplicación efectiva de los recursos que se invirtieron (que la persona trabajadora aplique lo que estudió).

Para rentabilizarse (ganar más dinero), los seres humanos deben invertir en sí mismos, por lo cual ingresan al mercado educativo como demandantes de competencias capitalizables. El oferente de tales competencias es la institución educativa, para quienes los estudiantes son sus clientes y, por consiguiente, la educación (particularmente la universitaria) es una relación cliente-proveedor. El éxito de los estudiantes se medirá en función del diferencial de los ingresos acumulados que posteriormente obtenga como resultado de la inversión realizada. El éxito de la institución educativa dependerá de su aceptación en el mercado educativo, lo que se medirá por los niveles de inscripción e, indirectamente, por otras señales del mercado, como lo pueden ser los *rankeos*, acreditaciones e imagen institucional.

A su vez, el mercado educativo está intrínsecamente asociado al mercado de trabajo. Los demandantes en el mercado educativo se convierten en oferentes en el mercado de trabajo, por lo que finalmente serían los demandantes en el mercado de trabajo, es decir, las empresas, quienes rentabilizarían las competencias obtenidas por los estudiantes en el mercado educativo. En suma: ¿qué deben estudiar los estudiantes? Según la teoría del capital humano, lo que resulte más demandado y mejor pagado por parte de las empresas.

Todo el discurso que acabamos de referir parte una perspectiva económica basada en individuos aislados cuya racionalidad consiste en buscar la máxima rentabilización de sí mismos en el mercado. Implica asumir la misma lógica económica de la utilidad del sector financiero o comercial tradicional, por lo tanto, implica reproducir y arraigar aún más las mismas consecuencias del tipo de “administración de la casa” que hemos experimentado.

Afortunadamente, las instituciones no son monolíticas y las educativas aún menos. Históricamente, la principal razón de ser de las universidades es la generación, transmisión, divulgación y expansión del conocimiento, lo que va infinitamente más allá que la rentabilización en los mercados. En términos sociales, el sentido vanguardista de las universidades no es el de responder a las inercias de la demanda educativa o la del mercado de trabajo, sino el de transformar las relaciones sociales, económicas, políticas y culturales en las que nos insertamos.

Lo anterior supone relevar la importancia de aprendizajes y competencias no necesariamente rentables: la defensa de la ecología, de los derechos sociales y ambientales; la promoción de la organización libre, democrática y autónoma de las comunidades universitarias frente a prácticas autoritarias, de vulneración de derechos y dignidad de miembros de la propia comunidad, etc. En otras palabras, implica privilegiar el sentido democrático de la educación por encima del plutocrático.

La economía no es la única ciencia que estudia el *oikos* (“la casa”). Algo está patinando cuando suponemos que administramos bien la casa (mediante el poder de la mano invisible del mercado), pero no ocurre lo mismo al estudiar la casa desde *la ecología*. ¿Cómo podemos

decir que estamos administrando bien una casa que estamos destruyendo, al tiempo que bien sabemos que no tenemos ninguna de reemplazo?

Si el planeta es nuestra casa común y los seres humanos somos animales políticos (*zoon politikon*), debemos asumirnos como seres comunes, en comunidad con los demás, no seres hipercompetitivos en donde cada uno de nosotros parecería que debiera demostrar que vale más que los demás.

¿Somos suficientemente competitivos? Una eyaculación considerada medicamente normal contiene al menos 40 millones de espermatozoides. Generalmente se experimentan muchas relaciones sexuales antes de que se presente un embarazo y, aun así, no todos los embarazos desembocan en un nacimiento. Cada persona es el resultado de un espermatozoide ganador entre cientos o tal vez miles de millones (Mayo Clinic, s. f.). Por su parte, los ovarios ovulan alrededor de 400 veces lo largo de la vida de una mujer (Genaden, 2000). Si el promedio fuese de tres hijos por mujer, eso significa una probabilidad de que 0.6 óvulos de cada 100 termine en un embarazo. El que un espermatozoide y un óvulo específico se encuentren y den lugar a una vida nueva representa una probabilidad infinitamente pequeña.

Cada uno de los 8,000 millones de habitantes que poblamos el planeta somos el resultado de esa probabilidad infinitamente pequeña. ¿No hemos competido lo suficiente? Si cada uno de nosotros busca ser el ganador entre estos 8,000 millones de individuos, el único trofeo posible sería la soledad absoluta y la muerte.

Por el contrario, entender a la economía en términos de la ineludible existencia social, supone eliminar el simplismo metodológico que nos reduce a consumidores o productores aislados o, peor aún, a objetos capitalizables en el mercado. La “economía social” no es solo una parte o una perspectiva de la economía sino su sentido esencial.

El ubicar a la economía como una disciplina social implica romper con los aires de superioridad metodológica con que frecuentemente se le presenta. Siendo social, la economía no puede desarrollarse sin los aportes de la sociología, la antropología, las ciencias políticas, la etnografía, la psicología social, la historia, la geografía... solo por citar algunas ciencias sociales. Todas las ciencias se desprenden de la filosofía y, por ende, de nuestra necesidad de cuestionarnos y reflexionar sobre el mundo en que nos insertamos. El partir de una interpretación de la economía basada en individuos nacidos por generación espontánea, adultos calculadores cuya racionalidad se limita a un análisis matemático de costo-beneficio, que viven en un mundo cuya única relación social es la de oferta-demanda en diversos mercados, no significa más que una fantasía perversa, cuyas consecuencias sufre el planeta, social y ambientalmente, a cada instante.

Las universidades, como instituciones planetarias, tenemos la responsabilidad de rescatar el estudio de la economía en su sentido esencial, con un profundo arraigo en las condiciones concretas en que vive cada sociedad, liberarnos de prejuicios interpretativos y valorar el sentido de ciencias positivas con que cuentan el derecho y la ética.

Lo anterior implica evidentemente una transformación académica en las universidades, que recupere con todo su valor los esfuerzos científicos provenientes de las tradiciones críticas y de la formulación de conceptos, categorías, metodologías, indicadores e interpretaciones propios de cada contexto histórico y geográfico. Esto implicaría tensiones y conflictos frente a una visión abstracta, de individuos indiferenciados en el tiempo y el espacio: no es lo mismo reproducir las inercias de los pensamientos dominantes en los mercados, que confrontarles para priorizar las necesidades y aspiraciones de las sociedades.

Además, la universidad representa mucho más que la trasmisión y reproducción de saberes en el aula, sea esta presencial o virtual. La investigación, la divulgación y la incidencia en economía social podrían configurar la construcción de estructuras contraculturales al pensamiento instrumental y utilitario que predomina.

La investigación en economía social requiere partir no solo de modelos sobre el deber ser de los agentes económicos y de los actores sociales, sino de la profundización en el conocimiento sobre cómo realmente piensan, se organizan y actúan en entornos específicos.

Lo anterior no es posible sin salir de los espacios físicos y virtuales de las instituciones para encontrarse con las problemáticas concretas de organizaciones, comunidades, empresas, familias e instituciones y, a partir de su estudio concienzudo, valorar las alternativas en las que humildemente puedan contribuir las instituciones educativas, no a partir de la prescripción de “soluciones milagro”, sino de la articulación auténtica entre los propios saberes existentes al interior de cada espacio, con aquellos que posiblemente puedan enriquecerlos desde el trabajo académico.

Si las universidades logran crear conocimiento, proponer soluciones, diseñar alternativas y contribuir a que realmente podamos vivir juntos y en paz, entonces no basta con publicarlos en libros y revistas arbitradas, también hay que gritarlo con lenguaje claro y llano en cualquier espacio en que tengamos oportunidad. El hacerlo de esa manera nos puede ubicar como ilusos, incómodos, molestos o hasta peligrosos, pero el impulso de una auténtica concepción social de la economía no podrá lograrse “dándole el avión” a los esquemas predominantes, agregándole solo una pizca de buenas conciencias.

COMENTARIOS FINALES

Los estudiantes universitarios no son clientes de empresas proveedoras de conocimientos, son sujetos sociales que pueden jugar un papel trascendente en la construcción de relaciones sociales distintas a las que actualmente predominan. Para que esto se logre, se requiere el fortalecimiento de capacidades orientadas en favor de tal construcción. Ello implica:

- El creciente estudio de sus propios derechos civiles, políticos, económicos, laborales, sociales, culturales y ambientales.
- El análisis de teorías divergentes, contrastándolas con las realidades concretas sobre las que se actúe, de tal manera que la universidad favorezca la uni-diversidad, la uni-pluralidad, la uni-integralidad.
- La investigación-acción participativa, comprometida con la construcción de prácticas que favorezcan la equidad, la inclusión, la no discriminación y el aprendizaje de la comunidad universitaria, de los saberes provenientes de las actores y agentes con quienes se participe.

En suma, en términos de economía social, la universidad puede asumir la tarea de contribuir a la ruptura de inercias y a la edificación de formas de producir, de repartir los beneficios de lo producido, de intercambiar y de consumir, que nos permitan vivir juntos, respetando la dignidad y el valor intrínseco de todas, todos y todes.

El ubicar el sentido esencialmente social de la economía implica reconocer que las transformaciones en los contenidos, metodologías y formas de las decisiones económicas no dependen solo de las instituciones educativas o de los economistas, pues esto sería tanto

como suponer que el deterioro ambiental fuese responsabilidad de los estudiosos de las ciencias de la vida. Sin embargo, si las universidades son promotoras de cambios sociales y no simples reproductoras de inercias, entonces desde estas instituciones existe tanto la posibilidad como la responsabilidad de desarrollar capacidades críticas. El argumento no modificará por sí solo la tendencia económica predominante, pero toda modificación lleva consigo argumentos, y desde la universidad podemos contribuir a ello.

REFERENCIAS

- Aristóteles. (1988). *La política*. Gredos. [https://bcn.gob.ar/uploads/ARISTOTELES,%20Politica%20\(Gredos\).pdf](https://bcn.gob.ar/uploads/ARISTOTELES,%20Politica%20(Gredos).pdf)
- Forbes USA. (4 de abril 2023). Las personas más ricas del mundo en 2023; Carlos Slim regresa al top 10. *Revista Forbes*. <https://www.forbes.com.mx/lista-forbes-las-personas-mas-ricas-del-mundo-en-2023-carlos-slim-regresa-al-top-10/>
- Franciso, Carta encíclica Laudato Si (24 de mayo 2015).
- Genaden. (13 de noviembre 2000). *¿Qué cantidad de óvulos me quedan?* Genaden. <https://www.genaden.com/cantidad-ovulos/>
- Mankiw, G. (2012). *Principios de Economía*. Cengage.
- Mayo Clinic. (s. f.). Conteo bajo de espermatozoides. *Mayo Clinic*. <https://www.mayoclinic.org/es/diseases-conditions/low-sperm-count/diagnosis-treatment/drc-20374591#:~:text=Las%20densidades%20normales%20de%20espermatozoides,millones%20de%20espermatozoides%20por%20eyaculado>
- Schultz, T. W. (1960). Capital formation by education. *The journal of political economy*, 571–583.
- Seattle, G. J. (1854). [Carta del Gran Jefe Seattle, de la tribu de los Swamish, a Franklin Pierce Presidente de los Estados Unidos de América]. Carta publicada por la Facultad de Economía de la UNAM. <http://herzog.economia.unam.mx/profesores/blopez/valoracion-swamish.pdf>
- Taylor, J. (2003). *Economía*. CECSA.
- Xenofonte. (1786). *La Economía y los medios para aumentar las rentas públicas de Atenas, dos tratados de Xenofonte* (B. N. España Ed., & A. Ruiz Trad.). Imprenta de Benito Cano.